

PRÓLOGO

Cuando empecé a hablar de mí me lancé a una aventura imprudente: uno empieza y ya no termina. Hace tiempo que tenía ganas de contarme mis veinte primeros años; nunca he olvidado las llamadas que, siendo adolescente, dirigía a la mujer que iba a reabsorberme en ella, en cuerpo y alma: no quedaría nada de mí, ni siquiera una pizca de cenizas; le suplicaba que me arrancara un día de esa nada en la que me habría sumergido. Quizá mis libros sólo hayan sido escritos para permitirme satisfacer ese antiguo ruego.

A los cincuenta años he considerado que el momento había llegado; he prestado mi conciencia a la niña, a la joven abandonadas en el fondo del tiempo perdido y perdidas con él. Las he hecho existir por escrito, detalladamente, sobre el papel.

Mi proyecto no iba más allá. Adulta, dejé de invocar el porvenir; cuando hube terminado mis memorias ninguna voz se elevaba del pasado para instarme a seguirlas. Estaba decidida a empezar otra cosa. Y no lo he logrado. Invisible, bajo la última línea se dibujó un punto de interrogación del que no he podido apartar mi pensamiento. La libertad: ¿para qué? A toda esa reyerta, ese gran combate, esa evasión, esa victoria, ¿qué sentido les daría el resto de mi vida? Mi primer impulso fue atrincherarme detrás de mis libros; pero no, no aportan ninguna respuesta: son ellos los que plantean el conflicto. Yo había decidido escribir; he escrito, de acuerdo, pero ¿qué? ¿Por qué esos libros, sólo éstos, justamente éstos? ¿Quería algo más o algo menos? No hay relación entre la esperanza vacía e infinita de mis veinte años y una obra hecha. Yo quería a la vez mucho menos y mucho más. Poco a poco, me convencí de que el primer tomo de mis recuerdos exigía a mis propios ojos una continuación: inútil haber contado la historia de mi vocación de escritora si no trato de decir cómo se ha encarnado.

Por otra parte, pensándolo bien, ese proyecto me interesa. Mi existencia no ha terminado, pero ya tiene un sentido que probablemente el porvenir no modifi-

cará. ¿Cuál? Por razones que en el curso de esta misma investigación tendré que aclarar, evité preguntármelo. Me enteraré ahora o nunca.

Quizá me digan que esa preocupación me concierne sólo a mí; pero no; Samuel Pepys o Jean-Jacques Rousseau, mediocre o excepcional, si un individuo se expone con sinceridad es que todo el mundo está más o menos al descubierto. Imposible proyectar luz sobre su vida sin iluminar más o menos las de los demás. Por otra parte, a los escritores los acosan con preguntas: ¿Por qué escribes? ¿Cómo pasa sus días? Más allá de la tendencia a las anécdotas y a los comadreos, me parece que mucha gente desea comprender qué género de vida representa la escritura. El estudio de un caso particular informa mejor que respuestas abstractas y generales: es lo que me anima a examinar el mío. Quizá esta exposición ayude a disipar algunos malentendidos que separan siempre a los autores de su público y que a menudo me han desagradado; un libro sólo cobra su verdadero sentido si se sabe en qué situación, en qué perspectiva y por quién ha sido escrito: yo quisiera explicar los míos hablando a los lectores de persona a persona.

Sin embargo, debo advertirles que no pienso contarle todo. He contado, sin omitir nada, mi infancia, mi juventud; pero si bien he podido, sin embarazo y sin demasiada indiscreción, desnudar mi lejano pasado, no siento, respecto a mi edad adulta, la misma indiferencia ni dispongo de la misma libertad. No se trata aquí de comadrear sobre mí misma y sobre mis amigos; no me gustan los chismes. Dejaré, resueltamente, muchas cosas en la sombra.

Por otra parte, mi vida ha estado estrechamente ligada a la de Jean-Paul Sartre; pero su historia piensa contarla él mismo y le dejo esa tarea. Examinaré sus ideas, su obra. Sólo hablaré de él en la medida en que intervino en mi existencia.

Algunos críticos han creído que en mis Memorias había querido dar una lección a las jóvenes; he deseado, sobre todo, pagar una deuda. Este informe, en todo caso, está desprovisto de toda preocupación moral. Me limito a dar un testimonio de lo que ha sido mi vida. No prejuzgo nada, salvo que toda verdad puede interesar y servir. ¿A qué, a quién servirá la que trato de expresar en estas páginas? Lo ignoro. Desearía que se entrara en ellas con la misma inocencia.¹

1. En este libro he incurrido en omisiones; nunca en mentiras. Pero es probable que mi memoria me haya traicionado en cosas insignificantes; los leves errores que el lector quizá advierta no comprometen la verdad del conjunto.